

Las razones de Cuba

Bajo el signo del terror

La detención en Caracas de Francisco Chávez Abarca demostró que las acciones violentas son un camino abierto contra los movimientos de cambios en América Latina. Uno de los protagonistas de la cadena de atentados contra hoteles cubanos a finales de los 90, ahora también pretendía sembrar la muerte en Venezuela

■ DEISY FRANCIS MEXIDOR y
MARINA MENÉNDEZ QUINTERO

Luis Posada Carriles sigue en libertad en Estados Unidos y solamente se le acusa por transgresiones de leyes migratorias, pero la detención el 1 de julio de uno de sus terroristas asalariados, el salvadoreño Francisco Chávez Abarca, El Panzón, debe tenerlo preocupado por lo que este sabe y ha hecho.

Buscado por la INTERPOL, Chávez Abarca intentaba ingresar a Venezuela, ¿con qué objetivo?, se preguntaba el presidente Hugo Chávez cuando formuló la denuncia al día siguiente ante las cámaras de la televisión venezolana.

Los propósitos han sido confesados por él. Pretendía reeditar en ese país un plan macabro que ya había tenido sus "resultados" en Cuba a finales de la década de 1990, cuando una escalada de atentados contra los hoteles de la Isla dejó un muerto, varios heridos y numerosos destrozos en el afán por desestimar el turismo. Era el pretendido "golpe maestro" con el que la ultraderecha de Miami, prohijada por las distintas administraciones estadounidenses, pensaba acabar con una Revolución que había resistido desde 1959 las más disímiles y criminales confabulaciones para derrotarla.

Chávez Abarca fue una pieza importante. No solo colocó tres de aquellos artefactos explosivos; también contrató a mercenarios centroamericanos para cumplir similar encomienda.

El pasado julio, 13 años después, reaparece en Caracas en las vísperas del inicio de la campaña con vistas a las elecciones legislativas de este 26 de septiembre en Venezuela, portador de similares planes criminales y desestabilizadores, que tenían también un mismo mentor: Luis Posada Carriles.

Trasladado a La Habana en virtud de las acusaciones que pesan sobre él y provocaron su inclusión en la lista de alerta roja de INTERPOL Cuba, durante el proceso investigativo en marcha Chávez Abarca no ha escatimado detalles que confirman que en uno u otro lugar los terroristas y los planes son los mismos.

Meses antes de su llegada al aeropuerto de Maiquetía —según confesó— ya había recibido instrucciones de la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA) y de Posada para desestabilizar a Venezuela.

El golpe de Estado contra José Manuel Zelaya en Honduras el 28 de junio del 2009, los tenía eufóricos y acariciaban la idea que de tener éxito el complot contra Venezuela, "la izquierda perdía fuerza, porque era el país con más capacidad eco-



El terrorista Chávez Abarca explica cómo colocó la bomba en el baño de la discoteca Aché del hotel Meliá Cohiba.

nómica" en Latinoamérica.

Entre reuniones y pláticas, cuenta, le empiezan a insinuar que había que hacer acciones violentas y desestabilizadoras en Venezuela a fin de afectar las elecciones. Podían ser manifestaciones, la quema de llantas, bombas, atentados contra candidatos a la Asamblea Nacional y contra el propio presidente Hugo Chávez. También le aseguraron que existía mucho dinero en juego.

A juicio del estudioso del Centro de Investigaciones Históricas de la Seguridad del Estado (CIHSE), José Luis Méndez, estos elementos "nos dicen que los terroristas se están moviendo, están activos. Son señales de alerta", precisó.

Por su parte, la acuciosa investigadora Eva Golinger opina que junto a las diversas maneras de subversión utilizadas por organizaciones pantalla de la CIA como la USAID y la NED, las agresiones contra Venezuela se intensifican debido a una situación regional en la que se consolida la Revolución bolivariana y sus resonancias se reflejan en otros países como Bolivia y Ecuador.

■ CERRANDO EL CERCO

La apertura del proceso investigativo que sentará materialmente en el banquillo a Chávez Abarca en La Habana no solo arroja luz sobre los sucios planes contra Venezuela; es también la continuación del que en 1999 juzgó al mercenario salvadoreño Raúl Ernesto Cruz León y a los guatemaltecos María Elena González

Meza, Nader Kamal Musalam Barakat y Jazid Iván Fernández Mendoza: sus contratados para sembrar el terror en la Isla.

Señalado por León en su momento como "el hombre que lo reclutó", Abarca es desde entonces un culpable probado del que faltaba su comparecencia ante el juez... y el pueblo de Cuba.

Sus actos contra nuestro país se inscriben en aquella escalada criminal de los 90 contra los centros turísticos cubanos.

Con esas acciones, de paso, también proyectarían al mundo la imagen de que aquí existía una inconforme y beligerante oposición.

Las bombas o los fuegos intencionales que caracterizaron los sabotajes contra Cuba en los 60, fueron suplantados por pequeños pero letales artefactos que los terroristas preparaban, ellos mismos, antes de su colocación en los lugares más frecuentados por los visitantes foráneos, y cuyo estallido podían programar con varios días de antelación.

Bastaban una sencilla calculadora de bolsillo, un reloj, un detonador, algunos cables, y la sustancia C-4, un explosivo militar de alto poder destructivo con apariencia de plastilina que los criminales, usando la fachada de turistas, introducían en Cuba enmascarados en supuestamente inofensivos tubos de pasta dental, estuches de desodorante o pomos de champú. Pero alguno de aquellos alijos de C-4 incautados habría bastado para hacer estallar aviones en pleno vuelo.

Los encargados de colocar los explosivos en la Isla durante aquella etapa ya no serían cubanos, ni siquiera procedentes de Estados Unidos, sino mercenarios reclutados en un tercer país, fundamentalmente, en la región de Centroamérica, donde se estableció la base de una red pagada desde Miami por la FNCA.

Entre sus principales jefes en el istmo estarían Posada Carriles —entonces residente en El Salvador bajo distintos seudónimos como Ignacio o Ramón Medina—, y Arnaldo Monzón Plasencia, directivo de la FNCA y residente en Nueva Jersey, quien desde esa posición realizaba el financiamiento de grupos terroristas con asiento en Florida como Alpha 66.

Serían los años 1995 o 1996. El taller de autos Moldtrock, propiedad del hermano de José Ramón San Feliú Rivera, en la capital salvadoreña, fue el escenario donde Chávez Abarca conoció a Posada. No existía mejor sitio, porque San Feliú estaba estrechamente vinculado a Posada Carriles, además, al igual que su padre, Ramón San Feliú Mayoral, tenía fuertes nexos con el entonces gobernante derechista partido ARENA.

Durante aquel encuentro Posada le habla primero de traer explosivos a Cuba, y luego él mismo "ya me muestra todas las cosas, cómo se hacía una bomba".

"Él se encarga de los pasajes y la estadia y todo, yo solo doy mi pasaporte", afirma. Y le indica que podía meter los explosivos en unas botas color "café".

Le pagarían 2 000 dólares por bomba que estallara. En su fechoría colocó tres pero una de ellas fue la que detonó. No obstante, los desastres en la discoteca Aché del Hotel Meliá Cohiba le valieron las congratulaciones de personajes como "Arnaldo Monzón, que era El Joyerero; llegó (Guillermo) Novo Sampol, llegó Pedro (Crispín) Remón, llegó Posada y me felicitan por lo que había sucedido".

"Ellos querían lograr que Cuba fuera puesto entre los países 'peligrosos' para los turistas (...) Es ahí que ya conocí a Raúl Ernesto Cruz León; le hago la propuesta claramente de lo que se iba a hacer, adónde se iba a hacer, que él iba a ir a conocer primero, que él podía decidir si veía la factibilidad de hacerlo o no, si lo hacía o no, y me dijo que sí, que si todo estaba bien, que él estaba de acuerdo", narra Abarca durante el proceso de instrucción.

"Se le compran a Raúl un par de botas para traer los explosivos, los plumones para guardar los detonadores, se compra también como opción un despertador, porque no se podían traer los dispositivos electrónicos, las baterías. Se le